

las poblaciones del Norte de las del Sur, mientras al Oeste de ambos, en el interior del continente, se formaban como por encanto nuevos Estados con grandes centros industriales, agrícolas y mercantiles, que crearon nuevas vías de comercio y puntos de contacto. De esta manera se fué trasladando imperceptible pero incesantemente hácia el Oeste el centro de gravedad de la gran república americana.

Una carta del año 1798 dirigida por un tal José Allstone á la hija de Burr, da una idea de la vida y carácter de los americanos de los Estados del Sur: «Me atrevo á decir que si algun Estado se distingue por una civilización superior es indudablemente la Carolina del Sur. Aquí existen en el fondo solo dos clases, la una muy opulenta y la otra muy pobre, lo cual será un mal á los ojos de la economía política, pero es, ciertamente, muy á propósito para crear una sociedad muy

escogida. Nuestros primeros hacendados disponen de grandes riquezas, y por la influencia del clima son poco amantes del trabajo material, prefiriendo ocupar sus ocios con la lectura y otros *estudios elegantes*. Por esta razón se encuentran pocas personas que no sean instruidísimas y cuya sociedad no sea al propio tiempo agradable. La posesión de esclavos nos hace orgullosos, impacientes, y nos da un aire de desprecio que hierde á todos los que no nos conocen; pero difícilmente se encontrarán en las ciudades mercantiles del Norte el pundonor, la delicadeza de sentimientos y la magnanimidad que nos distinguen á nosotros. El genio de nuestra población es, como en casi todos los países meridionales, pronto, vivo, agudo, alegre, franco, generoso, confiado y sociable. Fácilmente irritable, le pone fuera de sí la mera sospecha de un insulto, pero su ira se parece á la chispa del peder-



Carroza del presidente Washington

nal, que brilla y se apaga. Nada diré de su hospitalidad para con los extraños; es tan general, que ya no puede contarse por una virtud, solo se recuerda cuando alguna vez falta, y se habla poco de ella, como de la honradez de un individuo. Los habitantes de la Carolina del Sur no se distinguen solamente por la finura de su trato, sino también por su sana moral. El vicio del juego solo se encuentra en el pueblo bajo, la clase alta lo abomina. La afición á las corridas de caballos existe también aquí, pero como diversión y no como especulación. Muchos hacendados son aficionados á la caza. Confieso que las mujeres no son aquí, en general, tan bonitas como en los Estados del Norte; su tez carece de la frescura que, en opinión de muchos, es una condición esencial de la belleza; pero en cambio su palidez les da un aire delicado y lánguido que las hace muy interesantes. En su educación se gasta quizás más que en otra parte alguna de los Estados Unidos; todas son instruidas y algunas mucho; son graciosas y aficionadas á la sociedad. El bello sexo de Charleston no conoce el aburrimiento; su lujo en trajes y coches no tiene rival; entran muy jóvenes en la sociedad y se casan temprano generalmente.»

CAPITULO V

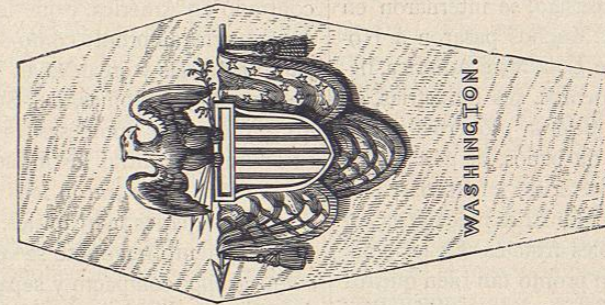
LA INMIGRACION HUGONOTE Y ALEMANA EN AMÉRICA HASTA EL FIN DEL SIGLO XVIII

La inmigración hugonote y la alemana en América, en los siglos XVII y XVIII, ofrecen muchos puntos de analogía; ambas empezaron por el mismo tiempo con corta diferencia y ambas tuvieron por causa la opresión religiosa y política; solo que la alemana tuvo, además, y en muchos casos por causa única, la miseria material. Ambos elementos han sido absorbidos y asimilados en el trascurso del tiempo por el elemento inglés, pero han dejado algunas huellas que el observador atento distingue en algunos Estados más ó menos claramente.

La persecución contra el protestantismo y el calvinismo en Francia data desde antes de la revocación del edicto de Nantes por Luis XIV; porque reinando Francisco I fueron víctimas de ella en el año 1545 en el Sudeste de Francia 22 aldeas y ciudades, y 14 adeptos de la nueva Iglesia fueron quemados públicamente en Meaux. El edicto de Chateaubriand, del año 1551, chorrea sangre, y no obstante, quizás por esto mismo hizo grandes progresos la religión reformada.

El almirante Coligny fué el primero que tuvo la idea de buscar al otro lado del Océano asilos para la religión prohibida y que al mismo tiempo reportasen utilidad á la madre patria. Dirigió entonces su mirada al Brasil, donde Villagagnon fundó efectivamente en la bahía de Rio Janeiro una colonia hugonote; pero esta no tuvo éxito y se dispersó. Repitió la empresa en la Florida, y también tuvo la colonia un fin desgraciado. Muerto Coligny, se hizo de nuevo el experimento en la Acadia y en el Canadá, pero el rey Enrique IV, que abrigaba grandes proyectos y bajo cuyo régimen tolerante prosperó la Francia, sucumbió bajo el puñal de un asesino, y preponderando otra vez el partido católico fanático, fueron expulsados los hugonotes de la Nueva Francia, como hemos dicho al principio de esta obra. Despues de la famosa matanza de hugonotes en la noche de San Bartolomé, gran número de familias é individuos de esta secta huyeron del Norte de Francia á Inglaterra y Holanda. En 1579 hubo

otra emigración fuerte á Holanda, y desde allí á la colonia holandesa en América; y otros fueron al Nuevo Mundo con los puritanos ingleses que habían buscado un refugio interino en la ciudad y comarca de Leiden. Siguiéronles en 1623 unas treinta familias protestantes valonas del Nordeste de Francia, que se establecieron en la nueva colonia holandesa á orillas del río Hudson. Muchos varones notables dieron estos hugonotes franceses y valones á su nueva patria, y los descendientes de ellos constituyen todavía hoy numerosas familias distinguidas. Uno de estos valones fué también Minnewit ó Minuit, el tercer director de la *Sociedad de los Países Bajos*, del cual hablamos al referir la historia de las colonias holandesas en la América del Norte. Otros inmigrantes valones colonizaron la isla de Staten-Island, situada en la bahía de Nueva York; la isla de Bedloe, donde ahora se erige la estatua colosal de la libertad, trae su nombre de un protestante francés llamado Bethlo, y durante largo tiempo



Sarcófago de Washington, en Monte Vernon

po se llamó la bahía de Nueva York, bahía de los Valones. En el mismo Estado de Nueva York, un gran número de hugonotes franceses, acudillados por Luis Dubois, que por lo pronto se habían refugiado en Alemania, cerca de Manheim, desde donde pasaron á Holanda y desde allí á América, fundaron en 1660 una colonia que se llamó Nuevo Palatinado, en memoria de la hospitalidad que Dubois y los suyos habían encontrado en aquella parte de Alemania. Tres años despues se arrojaron los indios sobre las aldeas hugonotes y las destruyeron, pero al fin fueron rechazados, y algunos meses despues duramente escarmentados. Llegaron por último nuevos inmigrantes de la misma procedencia, y se extendieron considerablemente las colonias hugonotes.

Otros fugitivos de esta creencia, antes de la revocación del edicto de Nantes, encontraron asilo en las Antillas francesas, donde se les dejó en paz hasta 1686, en cuyo año arrió en Francia la persecución. Hasta entonces la tolerancia era tal, que hubo hasta un gobernador protestante, Levasseur, en una de las islas y la gobernó por espacio de doce años. En todas partes á donde la persecución religiosa arrió á los protestantes franceses, estos se mostraron ciudadanos excelentes, laboriosos, económicos, activos é inteligentes. En las Antillas francesas hicieronse comerciantes, pilotos y navieros, y una gran parte de todo el comercio pasó á sus manos. Despues de 1686 el gobierno francés envió á las

Antillas gran número de hugonotes que no se habían dejado convertir ni por las dragonadas ni por la confiscación de lo que poseían, ni por torturas corporales. Allí fueron repartidos en calidad de esclavos entre los hacendados, los cuales les hicieron trabajar como á los negros en el campo bajo el sol tropical. Muchos perecieron, pero otros consiguieron evadirse y refugiarse en las colonias inglesas del continente, especialmente en la Carolina del Sur, en Nueva York y Virginia, donde existen todavía centenares de familias descendientes de aquellos desgraciados. Para formar una idea del gran número de hugonotes deportados entonces á las islas de San Cristóbal, Guadalupe y la Martinica, bastará decir que en una sola semana salieron del puerto de Marsella ocho grandes buques en que estaban hacinados centenares de estos infelices en mucho mayor número del que cabía, á fin de que pereciesen en la travesía; y eso que entre ellos había personas de todas las condiciones sociales, obreros, comerciantes, industriales y hasta individuos de las clases más distinguidas. Carlos W. Baird, en su *Historia de la emigración hugonote á América* (1), dice que uno de estos buques que tuvo que arribar á Cádiz fué visitado por el gobernador de aquella plaza, el cual quedó tan horrorizado del triste estado de tantos infelices, entre los cuales había gran número

(1) *History of the Huguenot Emigration to America.*

de delicadas y bellísimas jóvenes, que no pudo contener las lágrimas, y les envió después frutas. En un buque enviado con una remesa de hugonotes a la isla de Santo Domingo iban 59 en una cámara donde solo había sitio para 20, de suerte que la cuarta parte de ellos murió en la travesía. Todavía constan en el archivo de una iglesia de Nueva York los nombres de 54 fugitivos hugonotes que llegaron en noviembre de 1686 a aquella ciudad. Sin embargo, la mayor parte de los hugonotes se establecieron en la Carolina del Sur. Algunos encontraron en las Antillas amos humanitarios, pero otros fueron desgraciados y cayeron en manos de hombres brutales que les trataron como negros.

Calculase que en los años de 1684, 1685 y 1686 huyeron de Francia más de 300,000 hugonotes, que en su mayor parte pasaron a Inglaterra, cuya capital fué su centro principal. Los que vivían en el Franco-Condado, en Borgoña, Lorena, en el centro y en la parte oriental de Francia, pasando por caminos ocultos de noche, arrojando mil peligros y abandonando lo que no podían llevar consigo, se internaron en gran número en Suiza y Alemania. Muchos pasaron a Holanda, y no pocos desde allí y desde Londres a América, llevando a todas partes sus conocimientos, sus industrias, su actividad, honradez é inteligencia, que eran proverbiales. En todas partes establecieron fábricas de paños, de géneros de punto, de papel, de curtidos, sombrererías, guanterías, cria de gusanos de seda é infinitas otras industrias mecánicas, así como el cultivo de hortalizas y árboles frutales. En las colonias de la América del Norte fueron pronto tan bien quistos que emparentaron por medio de casamientos con las familias inglesas, que en industrias y empresas estaban entonces atraídas.

Muchos de los que escaparon vivos de los indecibles horrores con que el gobierno francés quiso convertirlos al catolicismo, llegaron extenuados y desnudos a Inglaterra, donde se organizaron recursos por suscripción para pagar el pasaje a los que querían pasar a América. Guillermo Penn aprovechó la ocasión para enviar el mayor número posible de estos industriales hábiles, honrados y laboriosos a Pensilvania. En el año 1700 pasaron en una sola expedición setecientos a la Virginia, donde les fué cedido un gran terreno. En el Massachusetts habían inmigrado ya 150 familias en 1687. Muchas fueron las colonias que fundaron los hugonotes en el Norte, donde todavía se enseñan algunas de las humildes iglesias que construyeron y otros restos de sus comunidades hasta mediados del siglo XVIII. Algunas de sus colonias fueron destruidas y abandonadas en las guerras intercoloniales y con los indios.

La hugonote Judit Manigault, que pasó en 1686 a la Carolina del Sur, describe de este modo las peripecias de su viaje en una carta que conserva todavía la familia Manigault, establecida en Charleston: «Tres meses estuvimos aguardando en Londres una ocasión para embarcarnos. Cuando por fin la hubimos encontrado, y estuvimos a bordo, empezó nuestra miseria. Se declaró en el buque la escarlatina, que hizo muchas víctimas, siendo una de ellas nuestra anciana madre. Arribamos a dos puertos, uno portugués y otro inglés, este en una isla llamada Bermuda que pertenece a los ingleses. En este último puerto tuvo que ser recompuesto nuestro buque, que había recibido en un gran temporal serias averías. Mas nuestro capitán, que había cometido algo punible, fué reducido a prisión y el buque embargado. Con gran dificultad encontramos pasaje en otro buque, y de nuestro dinero casi no quedó nada. Al llegar a la Carolina pasamos toda clase de penalidades; nuestro hermano mayor murió a los diez y ocho meses de resultas de la fiebre, por no estar acostumbrado al penoso trabajo al cual nos vimos obligados a

someternos. Así es que desde nuestra salida de Francia tuvimos que soportar todas las tribulaciones y penas imaginables, enfermedades, peste, hambre, pobreza y trabajo durísimo. Seis meses he estado en este país sin probar el pan, teniendo que trabajar en el campo como un esclavo; pero Dios tuvo misericordia de nosotros haciendo que no sucumbiésemos bajo las pruebas y padecimientos, y me ha hecho feliz. Glorificado sea su nombre.»

Nada son, sin embargo, los padecimientos de los hugonotes comparados con los que pasaron los alemanes que emigraron a América, como veremos en su lugar. Los hugonotes, mas inteligentes y menos pobres que los alemanes, formaron juntas en Inglaterra que desplegaron mas iniciativa y disputaron todo con mas prevision y talento, y armaron buques para trasladar a sus compatriotas y correligionarios que lo deseaban a América. Muchos industriales hugonotes se llevaron de Inglaterra surtidos completos de herramientas y máquinas y piezas de repuesto que difícilmente habrían encontrado en América, y que les pusieron en estado de ejercer su industria tan pronto como llegaron. Otros se llevaron cepas para plantarlas y crear viñas. Ya hemos dicho que los Estados, entonces colonias, del Sur, atrajeron la mayor parte de los protestantes franceses, los cuales se dedicaron allí a la agricultura, mientras los industriales y los que se inclinaban al comercio encontraron mas ventaja estableciéndose en las grandes ciudades mercantiles.

El elemento hugonote se conservó en los Estados Unidos como grupo compacto y separado de los demás elementos de la población hasta mediados del siglo XVIII, conforme lo prueban multitud de documentos; pero desde aquella época cesó la inmigración de protestantes franceses, y los que había en América desaparecieron como elemento especial, absorbidos por la gran masa de la población americana que habla el idioma inglés.

A muchas consideraciones se presta el hecho singular de que los historiadores americanos afectan no acordarse de la inmigración alemana, a la cual apenas dedican una línea, como si este elemento no mereciera fijar la atención, y eso que en el siglo XVIII fué tan numerosa que se levantaron voces excitando al gobierno a tomar medidas para impedir la germanización de la Pensilvania. Los historiadores americanos hablan de los soldados hesseses y de otros cuerpos mercenarios alemanes que al servicio de Inglaterra habían sido enviados a América para destruir con las tropas inglesas las libertades de las colonias americanas; pero de los alemanes que pelearon por la independencia de los Estados Unidos, de Steuben, Kalb y otros jefes alemanes que militaron en sus filas contra las fuerzas inglesas, apenas quieren acordarse. Los americanos quieren ser una nación homogénea, cuyo idioma es el inglés y donde todos los elementos extranjeros solo se admiten a condición de asimilarse a la masa nacional. En efecto, en conflictos que como el de 1861 amenazaran la existencia de la confederación, podría ser fatal la intervención de un elemento tan numeroso como el alemán si constituyese una nacionalidad separada en el seno de la americana.

El primer período de la inmigración alemana abarca la de los siglos XVII y XVIII; durante las guerras napoleónicas cesó casi completamente y no volvió a adquirir importancia hasta el año 1825. Este largo intervalo bastó para la absorción y consiguiente desaparición del elemento alemán en la gran masa del pueblo americano. Los españoles y portugueses, dice Kapp, el historiador de la inmigración alemana en América, hicieron sus conquistas en el Nuevo Mundo con jefes sin ejército, los ingleses las hicieron enviando jefes

y ejército, y los alemanes figuran como ejército sin jefes. El único soberano alemán que tuvo proyectos coloniales en aquellos tiempos fué en el siglo XVII el príncipe elector de Brandeburgo, Federico Guillermo; pero se fijó en el Africa, que si podía ofrecer ventajas al comercio, no era propia entonces para el establecimiento de colonias agrícolas. Sobre vino la guerra de treinta años, que dejó la Alemania despoblada, arruinada, desmoralizada, y sin sentimiento nacional. Los que huyendo de la miseria, del hambre y de la tiranía de sus señores feudales llegaron a América, se presentaron como un pueblo de mendigos, desmoralizados é ignorando lo que es dignidad y orgullo personal.

Antes de 1680 habían pasado ya alemanes a América, principalmente a las colonias holandesas, cuyo idioma comprendían fácilmente, pues que el holandés es simplemente un dialecto alemán cultivado separadamente. En las listas de pasajeros de buques holandeses que desde 1657 hasta 1664 hacían la carrera de América figuran muchos emigrantes alemanes del Rhin, Westfalia, Hanover, Holstein, Franconia y hasta de Prusia. Aleman dicen que era Juan Printz que gobernó la colonia sueca desde 1642 hasta 1653, y alemán habrá sido también Juan Lederer, que exploró en 1669 y 1670 la Virginia y la Carolina, y aun se cree que un alemán natural del país del Rhin formó parte de una expedición de normandos, que fueron los primeros europeos que visitaron las costas de la América del Norte. Pero la verdadera inmigración de alemanes empezó poco mas ó menos hacia 1683, por el tiempo en que los hugonotes se dirigieron en bastante número al Nuevo Mundo, especialmente a Pensilvania, y a consecuencia del viaje de propaganda que Guillermo Penn hizo por Alemania. Formaron principalmente aquella emigración los adeptos de muchas sectas religiosas, en general místicas, que tenían grandes puntos de contacto con las de los cuáqueros.

La primera colonia de alemanes que emigraron a América con el objeto directo de establecerse allí, se formó de trece familias de Crefeld, que llegaron en 6 de octubre de 1683 a Filadelfia, donde adquirieron terreno. Por aquel mismo tiempo formóse una empresa en Francfort que compró también terreno en Pensilvania, para enviar allí colonos que lo cultivasen. Como representante de esta empresa y director de la colonia marchó a América Francisco Daniel Pastorius, hombre honrado y de gran saber, que nos ha dejado en sus cartas preciosas noticias de la primera colonia alemana, de la cual fué alcalde. Véanse algunos extractos de sus cartas: «Dimos a la colonia el nombre de Germantown, que quiere decir ciudad alemana,» nombre que muchos sustituyeron con el de Armentown (ciudad de pobres), porque muchos colonos carecían de medios de proveerse de víveres ni para un par de semanas. No hay palabras para expresar la pobreza y las privaciones, ni la asiduidad infatigable, unida a la resignación cristiana con que se fundó esta comunidad.» Nuevos colonos procedentes de la Alemania occidental aumentaron después la población, que en pocos años creció grandemente, y estos colonos eran tejedores de lienzos y otras telas, sastres, zapateros, cerrajeros y carpinteros y al mismo tiempo labradores con su correspondiente ganado; y establecieron allí una pequeña fábrica de papel, la primera en las colonias. En una carta pide Pastorius a sus principales semillas de hortalizas y otras plantas, cepas y viñadores; y otra dice: «Daria sin regatear al instante cien talers por haber empleado el precioso tiempo que he gastado para estudiar la física, la metafísica y otras argucias filosóficas inútiles, en aprender cosas de ingeniero ó el arte de imprenta, conocimientos que tan bien me vendrían ahora y que serían mas provechosos y agradables a mí y a mis hermanos en

Cristo que toda la física, metafísica y todos los elencos y silogismos de Aristóteles, con los cuales no puede convertirse a Dios ningún salvaje ni pagano, ni mucho menos ganar un pedazo de pan.» La colonia prosperó, y no solamente bastaron sus productos para mantener a los habitantes, sino que sobró grano para adquirir con él otros artículos como azúcar, melaza, sal y aguardiente. Además de los cereales y ganados que los colonos vendieron a las Barbadas, compraron pieles a los indios y las vendieron a Inglaterra, es decir, a especuladores ingleses. La población, que recibió en 1689 fueros de ciudad, estaba atravesada en toda su longitud por una calle de 60 pies de anchura, sirviendo el cruce de plaza de mercado. Cada casa tenía un jardín y un huerto de tres acres (121 áreas aproximadamente). Los habitantes eran, aunque alemanes, cuáqueros convertidos a esta secta por Penn, y a instigación de su director y alcalde firmaron en 1688 una protesta contra la esclavitud, quizás el primer documento de esta clase publicado en la América del Norte. Pastorius murió a fines de 1719, y Guillermo Penn le calificó con estas palabras: *Vir sobrius, probus, prudens et pius, spectatae inter omnes inculpataeque fama.*

Durante todo el siglo XVIII continuó Germantown siendo ciudad alemana. En 1738 estableció allí Cristóbal Sauer una imprenta y librería alemanas, que existieron 40 años con buen éxito; en este establecimiento se imprimió en 1743 la Biblia en alemán, la primera publicada en suelo americano, que fué luego reimpresa muchas veces en aquella imprenta. En 1738 el mismo impresor y editor publicó un calendario alemán-americano, arreglado al meridiano de Pensilvania, para el año siguiente, y en 1739, el primer periódico alemán de América con el nombre de *El Cronista alemán de Pensilvania*. Este periódico empezó por ser mensual y se hizo luego semanal, contando en 1751 mas de 4,000 suscritores. A fin de que los alemanes, por su número y por ser una columna del cuaquerismo, no llegasen con el tiempo a hacer causa común con los franceses del Canadá y a tener la mayoría en Pensilvania, de cuyo gobierno se deseaba descartar al elemento cuáquero, el gobierno determinó establecer en Filadelfia, Lancaster, Yorktown, Reading y Easton seis escuelas inglesas gratuitas para los alemanes, «a fin de mejorar su instrucción,» é invitó a los predicadores alemanes a estudiar a fondo el idioma inglés, para predicar en él y hacer de alemanes é ingleses un solo pueblo. La idea no tuvo éxito por entonces, contribuyendo mucho a este fracaso el editor Sauer con su periódico; mas al fin sucedió lo que tenía que suceder: los alemanes olvidaron su nacionalidad y su idioma y se confundieron con los americanos.

En el año 1694 llegaron unos cuarenta alemanes, entre hombres y mujeres, que se llamaban *despertados* é iban para aguardar en la soledad de las selvas de Pensilvania la reaparición de Cristo y a prepararse lejos de la Babilonia mundana a tan solemne suceso. Su jefe espiritual era un alemán de Transilvania llamado Kelpius ó «el ermitaño del río Wissahickou» afluente del Schuylkill, donde se estableció con sus adeptos, que habían dado a su comunidad el nombre apocalíptico de «La mujer del desierto (1).» En Costenoga se estableció otra secta mística alemana, la de *los hermanos solitarios*, y mas adelante otra a orillas del río Cocalico, cuyo jefe era un tahonero alemán llamado Beissel. Esta secta, que construyó algunas iglesias y monasterios que aun existen, se conservó hasta el año 1840.

La gran masa de los inmigrantes alemanes se contentó

(1) «Una mujer revestida del sol, con la luna a sus pies, y una corona de doce estrellas en la cabeza.» Apocalipsis, 12, 1. «Y la mujer huyó al desierto donde tenía un sitio preparado por Dios para que en él se mantuviese 1,216 días.» Apocalipsis, 12, 6.